

GLORIA STEINEM

Una militancia gloriosa

La activista americana recorre ocho décadas de agitación feminista y por los derechos civiles.

Saila Marcos

Gloria Steinem supo pronto que había nacido con una virtud, una curiosidad infinita, y un don, el de la oportunidad. Es probable que a estas alturas se haya convertido ya en la persona del siglo XX que más veces ha estado en el lugar correcto en el momento adecuado. En 1963, fue testigo de la marcha por los derechos civiles liderada por Martin Luther King. Ese mismo año, visitó la Casa Blanca pocas horas antes de que John F. Kennedy emprendiese su último viaje hacia Dallas. Se implicó en la organización de la primera Conferencia Nacional de Mujeres celebrada en Houston en 1977, que reunió a 300 mujeres (blancas, nativas americanas, afrodescendientes, latinas, migrantes) para hablar de política. Durante décadas compartió una intensa amistad con Wilma Mankiller, la primera mujer que ocupó el cargo de jefa de la Nación Cherokee. Se unió al grupo de periodistas y escritores que fundaron la revista *New York*, una de las cunas del Nuevo Periodismo. Tiempo después, en el 2000, Steinem se encontraba en Palm Beach, Florida, cuando se ordenó el recuento de los votos que terminaría dándole la presidencia de Estados Unidos a George W. Bush por los pelos. Así, más de ocho décadas con misma la sensación de estar justo ahí, mientras avanzaba la Historia.

Steinem (Ohio, 1934) ha cultivado un género singular del activismo. “La chica guapa que cada año llega a Nueva York para convertirse en escritora”, como le espetó Gay Talese mientras compartían un taxi, se ha pasado buena parte de su vida en la carretera doctorándose en militancia itinerante. Heredó de su padre el nomadismo impro-



Steinem junto a Paulene Haines, miembro de la Nación Cherokee, en la marcha del día internacional de la mujer de 1975, en Nueva York.

visado. De profesión vendedor ambulante, Leo Steinem convirtió su vida en una excursión de pueblo a pueblo con toda su vida, su casa y su familia apretujadas en un viejo coche. Mientras que el afán por estar donde lo importante ocurre, por hacer de lo personal político –ese lema de la segunda ola feminista de la que la activista fue referente–, lo aprendió de su madre. “La democracia es como lavarse los dientes, se hace todos los días”, le recordaba día sí y día también. Ella, Ruth Nuneviller, periodista pionera, renunció a su carrera para hacerse cargo de su familia, alimentando su desazón con antidepresivos. Gloria Steinem también se dio cuenta temprano de que no quería ser una anestesiada ama de casa de clase media.

Una mirada comprometida

Construyó su carrera sobre dos pilares: no tuvo un hogar hasta que empezó a peinar canas y demostró una capacidad innata para saber escuchar. Sus recuerdos, reunidos en una autobiografía titulada *Mi vida en la carretera* (Alpha Decay), que será adaptada al cine, son memoria histórica de Estados Unidos, pero sobre todo lo son del activismo feminista, un movimiento que tiende a perder los lazos con su pasado más inmediato. De sus viajes salió uno de los lemas más representativos del activismo feminista de los sesenta y setenta: “Si los hombres se quedaran embarazados, el aborto sería sagrado”. Se lo dijo una taxista.

Steinem siempre estuvo en el lugar correcto, en el momento adecuado, pero mirando a la Historia desde el compromiso. Se crió en una época en la que nunca conoció a una mujer casada con vida propia. Marchó sobre Washington al lado de una afroamericana que le señaló la ausencia de mujeres en el escenario. Entonces Daisy Bates fue

la única ponente femenina. Hizo campaña junto a Hillary Clinton cuando competía frente a Barack Obama para ser la candidata demócrata a la presidencia, mientras grupos de universitarios llevaban camisetas con el eslogan: “Ojalá Hillary se hubiera casado con O. J. [Simpson]”. Se inició en el periodismo en un momento de aparente liberación en la que su editor le pedía, tras publicar un artículo defendiendo la igualdad entre hombres y mujeres, otros arguyendo lo contrario en aras de la objetividad. El más efectivo techo de cristal lo construyen hombres que enarbolan la bandera de la izquierda.

Steinem cuenta su vida como un caleidoscopio de historias de otros, de anécdotas recolectadas en aviones, autobuses, restaurantes de carretera, campus universitarios. Su autobiografía es un ejercicio de empatía y lucidez. El feminismo se apunala con historias como la suya, siempre ha sido un movimiento que otorga una importancia clave al relato individual. “Lo que le pasa a una y al resto es político”, dice la activista y periodista, y lo corroboran ejemplos como los grupos de autoconciencia feminista que empezaron a funcionar en los sesenta, aunque la tradición es larga. Desde épocas remotas las mujeres chinas, a las que se les prohibía el aprendizaje de la escritura, utilizaron una lengua secreta conocida como *nü shu* o “escritura de mujeres”. La usaban para escribir cartas y poemas de amistad, con amplios márgenes para que cada lectora añadiese sus propias palabras. Se trataba de un saber tan valioso, y peligroso, que no se supo de su existencia hasta bien avanzado el siglo XX. Escuchar, leer y aprender de los otros fue la mejor lección que Gloria Steinem ha aprendido en la carretera: “Cuando nos guían nuevas personas, vemos nuevos territorios”. ■